

EL LOCO

CUANDO en la Iglesia lo vi a mi lado, de pie, tuve la sensación de que había encontrado la oportunidad que buscaba desde hacía tiempo. Me levanté y con un gesto le señalé el banco vacío. El me miró indiferente, como siempre miraba, y se sentó; no le oí las "gracias" que esperaba. De soslayo seguí observándolo con curiosidad, encontrándome siempre con su fría expresión de estatua. A veces movía un poco los labios, pero no se podía adivinar si rezaba o hablaba consigo mismo. Sus ojos, clavados en el altar mayor, lo traspasaban perdiéndose en no se qué espacios inaccesibles y vagos; daba la sensación de que no miraba, de que miraba sólo hacia dentro, como un niño o un viejo, porque no hubiera descubierto el mundo, o porque el mundo descubierto no fuera el suyo.

Yo sabía de él lo que todo el mundo sabía; quizás algo más porque últimamente me había preocupado de reunir las extrañas versiones que acerca de su locura corrían en boca del pueblo. Había tenido que preguntar, porque ya no se hablaba de él; la gente se había acostumbrado y lo ignoraba como él nos ignoraba a todos, pero yo aún recuerdo la descarga que sacudió a la población, hacía por lo menos quince años, manteniéndola sobre ascuas largo tiempo. Fue la comidilla de las mujeres en las tiendas, en los hornos y en el lavadero municipal; la de los hombres en los caminos, en los cafés y en las tertulias de la plaza. Fue la novedad de los niños que lo seguíamos por la calle gritando "¡Loco, loco!", tirándole granos de arroz con canutos huecos de caña y agua desde las ventanas de las cámaras.



El nunca se inmutó. Seguía su paso, tranquilo, absorto, como un autó-mata. Y los niños nos cansamos de molestarle porque lo encontrábamos aburrido, y los hombres y las mujeres lo olvidaron en sus charlas por otras novedades: la lotería que tocó a Felix, la fuga de la Paca con Jacinto o el tractor que se había comprado don Jerónimo. Y tal vez por consideración a su madre o por lástima a él mismo (¿quién sabe!) se le dejó de llamar Pascual "el loco", quedando en Pascual, a secas, como siempre había sido.

Yo marché a la capital a estudiar y el bueno de Pascual se borró de mi memoria durante largos años; pero, de repente, no sabía por qué, su figura había cobrado vida de nuevo ante mis ojos intrigando aquel verano mi curiosidad. Al cruzar su casa, en mis frecuentes paseos por la carretera, siempre me encontraba en la penumbra de la habitación, apoyada en los cristales, la silueta de aquel corpachón recio e impenetrable como un gran bloque de mármol. Poco a poco me fui haciendo a él y cada día, al acercarme, me acuciaba el temor de no encontrarlo; pero Pascual era puntual a la cita, porque la ventana era para él su vida, el aire que respiraba. ¿Qué vería? ¿Qué esperaría ver? Aquella masa de carne siempre rígida (¿con pensamientos? ¿con sentimientos?) llegó a sobrecogerme como si fuera un preso encerrado, condenado a cadena perpetua; llegó a dolerme como un pájaro asomado a los barrotes de la jaula.

Entonces fue cuando me enteré que había estudiado Medicina en Madrid; que siempre había sido un muchacho tímido y formal, pero un buen día se había dedicado al vino, al juego y a las mujeres...; que lo internaron en un sanatorio de enfermos mentales y que, cuando volvió al pueblo, estaba ya así: lelo, idiota, loco. Nadie lo había visto hablar, ni reír, ni llorar, ni nada; no se sabe si pensaba. Tan sólo los domingos iba puntualmente a misa por la mañana y al cine por la tarde, acompañado de su madre y una hermana soltera.

Me dijeron también que tenía piano y que siempre tocaba en él la misma canción.

* * *

Me temblaban las piernas al golpear con los nudillos la puerta de la habitación. Dentro se oía, claro y perfecto, el alegre repiqueteo de "Para Elisa" de Beethoven.

— Pasa, pasa —dijo la madre— No te oiré...

Al abrir cesó la melodía y él se puso en pie como un niño que ha sido sorprendido en falta.



— Este es el chico que te avisé vendría a tocar el piano —dijo la madre, y volviéndose a mi lado añadió— Tienes todo a tu disposición; no te molestará...

Me acerqué y le estreché la mano con una sonrisa. El dejó estrechar la suya imperturbable. La madre salió. Pascual se dirigió a la ventana. Yo no sabía qué hacer y me senté en la banqueta.

— Tiene usted un buen piano, ¿eh?... Mi padre ha prometido comprarme uno cuando acabe la carrera... ¡Y tengo unas ganas de acabar!... Aquí en el pueblo sin piano se aburre uno... Además, en cuatro meses sin mover una tecla se te olvida lo poco que sabes... Por eso he pensado venir de vez en cuando, si no molesto...

Tuve conciencia de que estaba diciendo tonterías y callé. Elegí una partitura y empecé a teclear. Prefería tenerlo de espaldas; creo que no hubiera podido aguantar la mirada inexpresiva de unos ojos vacíos como los suyos.

Volví otras veces. Al principio cada cuatro días; luego un día sí y otro no, y por fin todos los días. Llegué a descubrir que él me esperaba y me necesitaba. Ya no se apoyaba en la ventana sino que, sentado en un sillón, me contemplaba impávido; pero yo notaba en sus ojos, al acabar una pieza, como una leve súplica de que siguiera porque le gustaba oírme. Yo, mientras interpretaba, hablaba y hablaba...

— Esta canción le gustaba mucho a una medio amiga que tuve, y me hacía tarareársela al dos por tres... Era alta, morena... No estaba mal, pero reñí con ella: muy mística...

Le enseñé fotografías de mi novia; le leía sus cartas y las que yo escribía. Y, cuando ya no tenía más que contar, me inventaba historias íntimas, cuanto más íntimas mejor, para que tuviera conciencia del valor de todo lo que le estaba revelando.

Una tarde, al entrar, me sorprendió que no se interrumpiera la única melodía que tocaba. Las notas jugaban correteando entre sus dedos ágiles y luego aleteaban por la habitación clavándose en las paredes como mariposas. Me acerqué despacio, creyendo que no me habría oído, y apoyé los codos en el piano. Me miró largamente y adiviné en sus ojos un horrible pozo de amargura; se le nublaron y una lágrima se estrelló contra una tecla. Dejó de tocar y hundió la cabeza en el pecho. Yo me aproximé por detrás y continué con "Para Elisa".

Pascual se levantó, acercándose lentamente a la ventana. Yo seguía tocando. De pronto dije, no interrogando, sino afirmando:



— Se llamaba Elisa...

Y oí:

— Isabel.

Su voz había sonado recia, con una intensidad acumulada día tras día, meses, años enteros, alrededor de un solo nombre de mujer. Había sonado profunda, salida, no de la garganta, sino del corazón; era como si un latido rebelde se hubiera escapado de aquella prisión de soledad, tomando cuerpo en un nombre de mujer: Isabel.

El aire de la habitación huyó asustado de esa voz cargada con quince años de silencio, y el nombre quedó flotando, vibrando, impregnándolo todo con toda su pasión y su amargura.

Yo seguía tocando.

— Hermosa...

— Sí, muy hermosa.

El, junto a la ventana.

— Joven...

— Veinte años.

Yo seguía tocando.

— Muerta...

— Casada.

El seguía junto a la ventana.

